

PABLO GARCÍA

**LAS SIETE PALABRAS
DE JESÚS EN LA CRUZ**

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2005

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

© Ediciones Sígueme S.A.U., Salamanca 2002
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tlf.: (34) 923 218 203 - Fax: (34) 923 270 563
e-mail: ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 84-301-1448-3
Depósito legal: S. 149-2005
Fotocomposición Rico Adrados S.L., Burgos
Impreso en España / Unión Europea
Imprime: Gráficas Varona S.A.
Polígono El Montalvo, Salamanca 2005

CONTENIDO

<i>Introducción</i>	9
PRIMERA PALABRA	
Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen	15
SEGUNDA PALABRA	
Hoy estarás conmigo en el paraíso	29
TERCERA PALABRA	
Ahí tienes a tu hijo. Ahí tienes a tu madre	49
CUARTA PALABRA	
Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? ...	59
QUINTA PALABRA	
Tengo sed	83
SEXTA PALABRA	
Todo está cumplido	95
SÉPTIMA PALABRA	
Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu	105
<i>Epílogo</i>	119
<i>Bibliografía</i>	121

INTRODUCCIÓN

Toda la predicación y todas las enseñanzas de Jesús son la buena noticia de la salvación y nos guían y orientan en nuestra vida de creyentes. Del Evangelio, sin embargo, podríamos destacar algunos momentos especialmente significativos, como cuando Jesús nos enseñó la hermosa parábola del hijo pródigo, el padrenuestro o las bienaventuranzas, de las cuales se ha dicho que, aunque desapareciera el resto del Evangelio, nos quedaría en ellas lo esencial del mismo. Por último, el discurso pronunciado por Jesús en la última cena, antes de su pasión, considerado con frecuencia como su testamento.

Con todo, sus mejores enseñanzas, su verdadero testamento, donde Jesús extremó todas las reglas de la pedagogía, fueron las palabras o frases que pronunció desde la cruz, porque fueron las últimas y porque, a las enseñanzas orales, unió el ejemplo y la vida, algo más convincente siempre que todas las palabras, por muy elocuentes que sean.

Por eso, bien puede decirse que la cruz es la verdadera y más auténtica cátedra de Jesús. No tuvo en ella largos discursos, ni elocuentes clases de teología o de vida cristiana, ni siquiera abundancia de palabras. En realidad pronunció únicamente siete, pero de la más alta sabiduría, la sabiduría de Dios. Ellas son un compen-

dio maravilloso y vivencial de toda su doctrina, que es el Evangelio, esto es, la buena noticia de la salvación.

Jesús, la Palabra del Padre, está resumido en una sola palabra: amor. Se encarnó y se hizo hombre por amor. Y lo que enseñó siempre, de palabra y de obra, fue el amor, aunque, como hermosamente dice san Pablo de la Cruz, «la obra más grande y maravillosa del amor de Dios es la pasión de Jesús».

La palabra de la cruz

La cruz es ya en sí misma una palabra de Dios; la cruz como el patíbulo más atroz, reservado a los esclavos; la muerte en la cruz, como la peor de las ignominias y de las desgracias. Por eso en el *Verbum crucis* hemos de ver no sólo lo que se nos enseña, sino también y sobre todo qué es, para Dios y para nosotros los hombres, la cruz.

Aquí trataremos únicamente de las siete palabras o frases que dijo Jesús desde la cruz, no de todas sus enseñanzas, ya que desde la cátedra de la cruz nos enseñó no sólo con sus palabras, sino también, e incluso más, con su silencio y con el ejemplo de tantas y tantas virtudes como practicó hasta morir así por nosotros.

Cada una de sus palabras descubre un aspecto de este misterio único que supera cualquier otra palabra y es capaz de dominar todas las agonías de los hombres y de los pueblos. San Lucas fue el único que nos ha transmitido las siguientes tres palabras de Jesús desde la cruz: la primera de todas, «Padre, perdónales porque no saben lo que hacen»; la segunda, «Hoy estarás conmigo en el paraíso», y la última, «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». San Juan es igualmente el único que nos transmitió

otras tres: la pronunciada en tercer lugar, «Mujer, he ahí a tu hijo»; la quinta, «Tengo sed», y la sexta, «Todo está consumado». San Marcos y san Mateo nos recuerdan solamente la cuarta: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?».

Uno siente una especie de turbación cuando piensa en el modo casi accidental como nos han llegado estas palabras. Parece como si, arrojadas al viento para que se dispersaran por el mundo, hubieran sido recogidas por casualidad por parte de los testigos. Pero bien sabemos que una sola de ellas, penetrada en su profundidad, bastaría para abrir ante los ojos de la fe el abismo sin fondo del misterio de la redención.

«Mirad el árbol de la cruz, donde estuvo clavada la salvación del mundo», canta cada año la Iglesia en la liturgia del viernes santo. Es la teología del Dios crucificado, que sufre en la cruz y prolonga su pasión en el viacrucis de los millones de crucificados.

Durante su pasión, Jesús habló poco, muy poco. A Pedro, después de las negaciones, nada le dijo, solamente le dirigió una mirada cariñosa y de perdón. Durante la flagelación, nada. En la larga coronación de espinas y las burlas que la acompañaron, silencio. A Herodes, nada también. Impresionan esas palabras del Evangelio de san Mateo «Pero Jesús *callaba*» (Mt 26, 63).

En cambio, en la cruz habló y podríamos decir que habló mucho. Con el malhechor arrepentido crucificado junto a él, con su madre y con Juan, su discípulo amado. Pero sobre todo habló con Dios. Unas veces para pedir, otras para expresarle su soledad y abandono y, por último, para encomendarle su alma.

Ante Jesús que habla desde la cruz, estamos invitados no tanto a dirigir la mirada hacia nuestra pobreza,

como a levantarla sin miedo hacia la cruz, donde el amor de Dios se nos está manifestando de forma tan apabullante, y a escuchar. Así, con los ojos fijos en el Crucificado, descubriremos la realidad de nuestro pecado, pero la veremos reflejada en quien es toda misericordia. Al conocerle a él, nos descubriremos también a nosotros mismos como seres locamente amados y totalmente perdonados. Se trata de una experiencia dolorosa y a la vez sumamente dulce, pues estamos ante el reconocimiento del amor de Dios en nuestras vidas, incluso cuando esas vidas se apartan de él.

Cuando miramos a la cruz, somos también mirados desde la cruz por unos ojos que, al estar en alto y ser de Dios, lo penetran absolutamente todo y hacen innecesaria cualquier palabra que pudiera brotar de nuestros labios.

«Mis palabras no pasarán»

Cristo, va a pronunciar sus últimas palabras. Las dirige desde la cruz. Están medidas, porque las dice frente a la muerte. Están bien pesadas, puesto que son su testamento. Son su última Palabra. Aunque, en el fondo, él mismo es la última palabra de todas las cosas.

En sus últimas palabras se resumen y encierran todas las palabras pronunciadas durante su vida apostólica.

En la cruz fueron solamente siete. Siete frases que se reparten entre sí, como tus más codiciados vestidos, los cuatro evangelistas. Cada cual según su gusto y predilección. En el presente libro se reúnen las siete como en un solo racimo, para poder saborearlas más y mejor, sosegadamente, una por una.

«Los cielos y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán» (Mt 24, 35). Y, sin embargo, ante la desbandada de los que le volvían la espalda escandalizados por sus palabras, Pedro, el primero de los discípulos, exclamó: «¿Y adónde iremos, Señor, si eres tú el que tienes palabras de vida eterna?» (Jn 6, 68).

«Los judíos –dirá el apóstol Pablo– buscan milagros, los griegos (esto es, los paganos de su tiempo) sabiduría, pero nosotros predicamos a un Cristo crucificado» (1 Cor 1, 22s). De esta manera, crucificado, le vamos a contemplar aquí para escuchar sus siete últimas palabras pronunciadas precisamente desde la cruz.

Pero para entender lo que Jesús nos dice, hemos de ponernos en espíritu de oración y de fe, recogernos espiritualmente y orar en unión con María su madre, que estuvo al pie de la cruz cuando él habló.

Estamos invitados a contemplar, escuchar, meditar y aplicar a nuestra vida personal las palabras postreras, el testamento que nos dejó el Señor para ayudarnos a recorrer bien el camino de la vida y trabajar para devolver a la historia el rostro de la nueva humanidad, nacida en el misterio pascual, que es la pasión, la muerte y la resurrección del Señor.

Oración a Jesús en la cruz

Jesús,
tus últimas palabras desde la cruz
nos las has dicho a todos.

Me las has dicho también a mí.
Déjalas que penetren en mi corazón.
Bien profundo. En lo más hondo del alma.

Para que las comprenda.
Para que no las olvide,
sino que las viva y sean siempre fuerza en mí.
Un día, después de mi muerte,
tú me hablarás personalmente a mí.
Y esas palabras marcarán
un comienzo eterno y un final sin fin.

Oh Señor,
concédeme que entonces, en mi muerte,
pueda oír de ti palabras de misericordia y de amor.